

De repente Enrique de Steinberg se quedó parado, lanzando en torno suyo miradas ferozes.

— Ya es de día... dijo con acento ronco... Mucha prisa ha tenido hoy el sol... Si, ya está aquí el día, y hace un instante Fritz Reutter ha venido a decirme que la barca estaba dispuesta... Estoy soñando? No, es cierto lo que me pasa: el infierno me confunde!

Y dicho esto, se cubrió el rostro con las manos.

— Vamos, seámos hombre en esta ocasión, repuso al cabo de una pausa, enderezándose. Pero en último resultado, qué pierdo? Un montón de ruinas, buenas todo lo mas para niños de lechuzas... Mi título? Preocupación vana! Quién puede hacer que la sangre que corre por mis venas deje de ser la sangre de los antiguos burgraves de Steinberg?... Y luego esa muchacha... voy a dejarme comover por sus lloros y quejidos... Al diablo! no las escucharé, no quiero escucharlas... Porque he de oír sus gritos? No soy el dueño de mi patrimonio? No puedo venderle, enajenarle, hacer con él lo que me da la gana?...
La voz se le acabó, y cayó en un profundo abatimiento.

En este instante la puerta se abrió lentamente, y una bonita cabeza rubia se adelantó en el cuarto.

— Enrique, hermano mio, dijo la dulce voz de Whillemina sorprendida con el lígubre silencio que allí reinaba; puedo entrar? puedo al fin abrazaros?

El mayor hizo un brusco movimiento, y respondió dando a su voz una afectada entereza:

— Sí, sí, entrad... puesto que es necesario...

La esbelta y lijera jóven se deslizó prontamente por la estrecha abertura de la puerta.

Whillemina estaba vestida con un traje ligero cuyos graciosos pliegues le daban un no sé qué de aéreo. Lanzóse hácia el mayor, y suspendiéndose a su cuello, apoyó sus rosados labios en el broncado rostro de su hermano.

— Enrique! querido Enrique! le decía en tono cariñoso; porque me habeis privado toda una noche de la felicidad de veros, y de manifestaros la alegría que vuestra venida me ha causado?... Tenéis algun motivo de enfado contra vuestra hermana Whillemina que os ama tanto?

El baron de Steinberg, á pesar de su feroz desesperación, no pareció insensible á las tiernas caricias de su hermana.

— No, no, hermana mia, no tengo nada, contestó besando con embarazo la hermosa frente de la jóven; pero hay momentos en que el hombre necesita estar solo. Los gemidos y los lloros irritan, hacen que se pierda la paciencia, y en beneficio de los dos he querido tardar en daros ciertas esplicaciones muy penosas para ambos.

Whillemina, sin soltar sus manos que formaban un gracioso collar en la garganta del mayor, separó un poco su rostro, y fijó en su hermano sus grandes ojos azules en que se descubría una expresión de alíviz á través de las lágrimas:

— Y porqué ha dudado de mi valor mi querido Enrique? le dijo en tono de reconvencción cariñosa. Acaso no tenemos los dos la misma sangre? No podría yo soportar también la adversidad con la misma nobleza?

El mayor volvió la cabeza al oír esto.

— Me alegro veros tan animosa, dijo con emoción soltándose de los brazos de Whillemina; bien necesitais ese valor... Ya os han dicho sin duda que debíamos dejar el castillo hoy mismo?

— En efecto me han hablado de eso... pero nunca estoi que la marcha debia verificarse tan pronto.

— Enseguida podéis hacer vuestros preparativos.

— Enrique, si os fuese posible acordarme únicamente algunos dias...

— Creéis que me acordarán á mi un solo día, una sola hora?... Además, no quiero; no descenderé nunca á solicitar un favor semejante... Whillemina, un hombre va á presentarse aquí dentro de algunos instantes; yo mismo le pondré en posesion de esta torre, de esta pobre roca, y luego saldremos por última vez los umbrales del Steinberg, y olvidaremos hasta el nombre que hemos llevado.

Su voz al decir estas palabras era breve y cortada; la jóven se hallaba en el colmo del asombro.

— Hermano mio, habeis vendido el Steinberg! dijo Whillemina prorumpiendo en lágrimas: Dios os perdone!

El mayor no se habia prometido esta melancólica resignación.

— Con que no me llenais de reconvenções! le dijo en un tono seco y duro; no llenais la torre de lamentos! Veo que tendré que deciros la verdad, una vez por todas. No he vendido el Steinberg, le he jugado...

— Jugado! exclamó Whillemina retrocediendo a paso.

— Sí, jugado... y perdido... lo comprendéis, hermana mia? He jugado esta vivienda venerable, mi solo bien, vuestro único asilo, he jugado los recuerdos de mi raza, mis armas de nobleza, la pira funeral de Hildebrand el jefe de nuestra familia, la mutilada estatua de Roberto el Pajarero...

— y ahora, vos y yo, desheredados hijos de tantos valientes caballeros no poseemos nada... estos pobres despojos que nos envuencian tanto pasarán á manos de un cortesano á las órdenes del menor de todos los principes de Alemania!... Whillemina! Whillemina! tenéis razon para maldecirme!

Hubo un momento de silencio; Whillemina lloraba y el mayor habia vuelto á su paseo. Por fin la jóven alzó la cabeza, y dijo á su hermano con suave acento de verdad:

— Pobre Enrique! Cuánto debéis padecer ahora! Muchas veces os debéis haber revelado contra esa pasión del juego que debia traer os un resultado tan funesto!... Pues bien, hermano mio, sepamos renunciar al orgullo de familia puesto que el sacrificio es necesario, resignémonos á vivir en la pobreza; yo jamas me quejaré si me amais siempre.

Este generoso estoicismo dejó al mayor atónito de admiración; se detuvo, y cojiendo á su hermana por el talle la dijo con voz alterada:

— Sois una santa y noble criatura, Whillemina. Yo por mi parte también sabré llenar mi deber, os cuidaré con solícito afecto, os protegeré y...

— Hermano mio, interrumpió la jóven tímidamente, largo tiempo he sido una carga para vos...

— Me he quejado de ello, Whillemina?

— Es cierto, mi querido Enrique, pero también conozco que á vuestra edad, con vuestros gustos y vuestro género de vida, es imposible que esto continúe; estoy segura, Enrique, de que en el día bendecirais á aquel que, desembarazándoos de una responsabilidad impertinente, asegurase la felicidad de vuestra pobre hermana.

El baron de Steinberg frunció las cejas.

— Quién os habla ahora de eso? le dijo bruscamente.

— Habeis sido demasiado generoso, Enrique, para hablar de vuestros apuros, pero yo he sabido adivinarlos... Quizá es tiempo ya de fijar mi suerte y de...

— Y de encontraros un marido, no es verdad? interrumpió el mayor, que á pesar de sus tristes preocupaciones no pudo menos de sonreirse. Estas muchachas no saben pensar en otra cosa! Me gusta que abundeis en esas ideas, Whillemina, que son también las mías... Si, sí, voy á tratar de

buscaros un buen partido, y entretanto os llevaré á Manheim, al convento donde habeis sido educada.

— Cómo, hermano mio! á esta triste casa llena de rejás y cerrojos, sin aire y sin luz... me moriria de tristeza.

— Y adónde queréis ir? dijo Enrique con dureza; no tenemos amigos que puedan ofreceros un asilo...

— No os enfadéis, Enrique, pero quizá sería posible...

— Whillemina, toda trémula, iba tal vez á descubrir su secreto cuando se oyó un ruido de pasos en la oscura escalera de la torre. La jóven se detuvo; el mayor dió una fuerte patada en el suelo.

— El es! tan pronto! murmuró entendiendo hácia la puerta su puño cerrado; vamos, valor... acabemos.

Al decir esto se pasó la mano por el rostro como para borrar las lijeras contracciones de sus músculos y en el mismo instante el caballero Ritter entró en el aposento.

XII.

El sumiller llevaba con poca diferencia el mismo traje que la vispera; sus facciones manifestaban un vivo descontento, y su mal humor hubo de aumentarse cuando echó al rededor del cuarto una rápida mirada. Sin embargo, saludó políticamente al baron Enrique y á Whillemina.

— Caballero Ritter, dijo el mayor con acento grave, saludando á su vez al recién llegado con un ligero movimiento de cabeza, estoy dispuesto á cumplir lo prometido; voy á instalarlos en la propiedad del castillo y de las tierras del Steinberg... El escribano lo arreglará... despues... Mientras tanto si queréis ir examinando lo que os pertenece...

— Ya me he tomado esa libertad, mi querido mayor, dijo el sumiller con un tonillo agrío, y francamente me he sorprendido en estremo con lo que he visto. Me figuré que la baronia de Steinberg era otra cosa. Hablaban de tierras, de castillo... Todo ello consiste en un poco de tierra llevada á brazo al hueco de una roca, donde han plantado dos ó tres cepas de viña, y en un torreón desmantelado que amenaza sin cesar la existencia de sus habitantes.

— Nunca os engañé yo, Ritter, dijo Enrique con aire sombrío; no podréis citarme una sola palabra que yo haya dicho exajerando el valor de mi pobre dominio; no os engañé ni aun en el momento en que os rogaba con las manos juntas que jugáséis el último juego en que esperaba desquitarme, y que fué la causa de mi completa ruina...

El baron exaltado con este recuerdo volvió á pasearse de nuevo por el aposento.

— No os quiero decir eso, mayor, dijo el sumiller con presteza; sin embargo, os confieso que esas palabras de tierras y castillo me deslumbraron... La imaginación vé las cosas en sueño, y cuando llega la realidad, el desengaño es duro. Ayer con la luz del crepúsculo el Steinberg presentaba un aspecto bastante imponente, pero esta mañana, con la luz del sol, las cosas han cambiado de aspecto... Además como sabia que la señorita de Steinberg habitaba en la torre con sus criados, creí buenamente que en efecto, se podía hablar en ella.

Whillemina salió del oscuro rincón adonde se habia retirado cuando llegó Ritter.

— Y no sabiais, caballero, dijo con melancolia, que la señorita de Steinberg debia hallar en los recuerdos de que estos lugares están llenos, una compensación mas que suficiente de algunas privaciones de bienestar?... Aun á costa de privaciones mucho mayores, me habria considerado muy

dichosa de pasar mi vida en esta pobre torre que tanto desdenáis.

Al decir esto se puso en frente de la ventana, y el caballero Ritter que podía contemplarla de pies á cabeza, se quedó maravillado de su hermosura. El fino talle de la jóven, el óvalo gracioso de su rostro, y las duradas trenzas de su cabellera se dibujaban vivamente en un rayo de sol, parecia una virgen con su aureola. El sumiller se inclinó profundamente delante de ella.

— Señorita, la dijo con ese tono tan afectado que usaban en el siglo último los poetas de madrigales, vuestra presencia basta para embellecer todos los sitios que habeis... y saliendo de aquí, el Steinberg perderá el único encanto que á mis ojos tiene.

La jóven se volvió sin responder palabra.

El baron esclamó con voz resuelta:

— Acabemos, Ritter, acabemos... Estoy gastando mi fuerza y mi valor en estos penosos pormenores... Os dejo dueño de todo lo que queda de la herencia de mi padre... y podéis atestiguar que no me asustan los resultados del juego... Pero basta ya; Whillemina, la barca nos espera; vámonos pronto, hermana mia...

Whillemina estaba sollozando; el baron se adelantó para tomar su espada y su sombrero; pero Ritter que estaba meditando hácia un momento, le detuvo por el brazo diciéndole:

— Mayor de Steinberg, vuestra situación y la de esta encantadora jóven me afectan en estremo... Conozco lo que vale para vosotros este rincón de tierra que llaman la baronia de Steinberg. Por mi parte, confieso no me costaria sacrificio ninguno el cederla. Vamos á ver: habeis evaluado el Steinberg en treinta mil florines, y esto me sirvió de base para mis puestas... Aseguradme el pago de la suma de veinte mil florines, y seguiré siendo dueño y señor del Steinberg.

El baron se conmovió vivamente al oír una proposición semejante.

— Conque seguiré siendo dueño y señor de mi antigua torre hereditaria! exclamó Enrique con acento exaltado. No tendré que huir con mi hermana, como un mendigo! Podré... No, no, añadió con tristeza, por pequeña que sea esa cantidad, no podré reunir veinte mil florines... Mi mala reputación de jugador me impide recurrir á los usurers, y nunca me atreveria á pedir prestado á algunos amigos tan pobres como yo... Muchas gracias os doy por vuestra buena voluntad, señor sumiller, pero no puedo aprovecharme de ella. Cúmplase el destino!

De nuevo sucedió un momento de silencio; Whillemina continuaba sollozando en tanto que el baron se disponia á marcharse. El caballero Ritter, de pié en medio del cuarto, los examinaba alternativamente, como hombre que vacila y duda. Por fin decidiéndose de repente, arrastró á Enrique junto á la ventura.

— Señor baron, le dijo en voz baja, acaso nos queda otro medio de conciliarlo todo.

NICOLAS POUSSIN.

(Véanse las páginas 160, 129 y 485.)

La fecundidad de Nicolas Poussin, comparada á la de Murillo y Rubens, es tanto mas notable cuanto que á ella iba unida la facultad de variar sus asuntos hasta lo infinito. Léjos de caer en esas repeticiones, á las que no han escapado ni aun los grandes maestros, el Poussin trató á menudo el mismo asunto de muchas maneras diferentes, porque á

pesar de la entereza de su genio, á beneficio de los esfuerzos de su voluntad, supo plegarle á las composiciones mas diversas.

«No ignorais, escribía á un amigo suyo, al enviarle el *Moisés salvado*, que los antiguos griegos habian inventado muchos modos mediante los cuales produjeron grandes y maravillosos efectos.»

Al ejemplo de Pindaro, que sacaba de su lira toda especie de sonidos, el Poussin templaba siempre su inteligencia segun el asunto lo requeria. El *modo* era para él la medida

para la composición del cuadro; el órden que debía reinar, y las formas que debían prevalecer en él. Despues de haber meditado sobre un episodio determinado de la Biblia, de la mitología ó de la historia, determinaba el carácter que debía tener, es decir, si su aspecto general seria seductor ó severo, si debía producir una impresión de tristeza, de horror, de lástima ó de alegría, y entónces disponía su cuadro teniendo siempre muy presente esa unidad que había buscado en las mismas entrañas de su asunto.

Gracias á este sistema, nunca el Poussin, á pesar de la va-



La Cabra Amaltea.

riedad de sus asuntos dejó de parecerse á sí mismo. Su fuerte personalidad dejó por todas partes una huella profunda. La dignidad del filósofo no desaparece en ningún momento ni en la risa ni en la melancolía, y este es el signo distintivo de los pintores de verdadero mérito.

Ya hemos dado á conocer á nuestros lectores al pintor de *Polifemo*, de los *Pastores de la Arcadia* y de *San Pablo arrebatado al cielo*; hoy juzgarán nuestros lectores al pintor de la *Cabra Amaltea*. Hé aquí la esplicación del asunto en dos palabras:

Júpiter, segun la fábula, era hijo de Saturno y de Rea. Saturno estaba en el trono con la condicion espesa de que todo varon que naciese de su union con Rea seria muerto implacablemente despues de su nacimiento. Saturno quiso ejecutar el tratado de buena fé, y se imaginaba que sus hijos Júpiter, Neptuno y Pluton habian desaparecido al salir á luz, entre sus dientes. Afortunadamente Rea, que era una buena madre, para no esponer jamas sus tiernos vástagos á los ojos de su padre, los enviaba á algún retiro oculto, bajo la guar-

da de ninfas y de ministros fieles, y poniendo en lugar de ellos unas gruesas piedras, que Saturno se tragaba con la misma facilidad que si hubieran sido la mas delicada de las presas humanas. Júpiter fué el primero de los tres hijos que Rea salvó así de la voracidad de su esposo, criándolo en una gruta en el fondo de los valles de Creta, por los curetas, cuyas danzas y cánticos impedían que oyera Saturno los gritos de su jóven heredero y por las hijas del rey de Creta, ayudadas de la cabra Amaltea, esa nodriza ninfa-cabra que nos han presentado las leyendas tan pronto con rostro humano como en figura animal, sin saber distinguir el lazo misterioso que unía á estas dos naturalezas en aquel fetuismo primitivo.

Tal es el asunto clejido por el Poussin; en cuanto al des- empeño, bastará repetir lo que hemos dicho, que es digno del pintor de la *Arcadia*, y de tantos otros cuadros del mismo género.

La *Cabra Amaltea* fué vendida en 1776 por 8500 libras, y en el día se halla en Dulwich-Coléje en Inglaterra.

ESTATUA DE MOZART EN SALZBURGO.



Juan Crisóstomo-Wolfgang-Amadeo Mozart nació en Salzburgo el 27 de enero de 1756.

El padre de Wolfgang era oriundo de la ciudad de Ausburgo, en donde los miembros de su familia ejercian el oficio de encuadernadores; despues de haber servido al conde de Thun en calidad de *músico-doméstico*, Leopoldo Mozart se estableció en Salzburgo, donde habiendo obtenido el empleo de primer violinista de la capilla del obispo, se casó con Ana Bertlina, mujer tan piadosa como bella: hombre instruido y músico excelente, compuso mucha música

de iglesia, algunos intermedios y varios trozos de jéneros diversos; y profesor de violín sumamente hábil, hizo una obra didáctica de este instrumento que durante largo tiempo ha gozado de mucha celebridad en Alemania; pero la gloria principal de Leopoldo Mozart consiste en haber dado á luz al autor de *Don Juan*, y en haber comprendido y dado dirección á su jenio, adivinando desde el principio el destino de su hijo. Dotado de una piedad profunda, creyó ver brillar en la frente de Wolfgang como un destello de la gracia divina, y desde entónces consagró enteramente su existencia

4 la educación de aquel niño, que consideraba como un ser superior confiado á sus cuidados por la Providencia. M. Oulibicheff el autor de su biografía de donde tomamos estos detalles, ha comprendido perfectamente el carácter interesante de Leopoldo Mozart, donde la ternura paternal se confunde con la fe del cristiano, y ha hecho resaltar sus diferentes contrastes.

De seis niños que tuvo Leopoldo Mozart no le quedaban mas que Wolfgang, que era el menor, y una niña llamada María Ana, nacida en 1751 cuatro años antes que su hermano. Esta única hermana de Mozart, á quien llamaban familiarmente Nacmerle (diminutivo de Ana) mostró tambien mucha disposición para la música, habiendo hecho admirar á la Europa toda su talento precoz, (aunque bien luego fué eclipsada su reputación por la nombrada de Wolfgang,) y hecha baronesa de Sonnenbourg murió en Salzburgo en 1830 á la edad de ochenta años. Encorvada bajo el peso de los años, ciega y casi sin poder moverse, la baronesa de Sonnenbourg conservó siempre una profunda admiración por aquel que había sido su hermano *según la carne*, como ella decía con un respeto que casi rayaba en la piedad.

Ya conocemos, pues, la familia en cuyo seno nació Mozart familia piadosa y resignada, completamente alemana, y verdaderamente cristiana, en donde reinaban el órden, la castidad y el gusto por las cosas bellas, digna cuna del músico del amor ideal. Apenas reveló Wolfgang su maravilloso instinto por la música, en el mismo instante se hizo el objeto esclusivo de la atención del padre y del interés de todos. En cuanto llegó á la edad de tres años ya ponía sus manos en el piano tratando de hacer una sucesión de terceras mayores, único intervalo que entonces podían abrazar sus cortos, y rollizos dedos; y en cuanto encontraba una nueva combinación, sus ojos brillaban de alegría. A los cuatro años ya sabía de memoria los pasos mas interesantes de los *concertos* que su memoria ejecutaba, y su padre le componía espresamente trocitos que se han conservado hasta el día. De este modo Mozart aprendió la música como por juego, ó mas bien la música se despertaba en su alma con el sentimiento de la vida; porque acaso no es un signo distintivo que caracteriza los seres superiores, esa facilidad con que se asimilan los elementos materiales del lenguaje?

En el año 1762 fué cuando Leopoldo Mozart, acompañado de sus dos hijos, principiú sus largas peregrinaciones por Europa. Estos viajes de una familia entera de músicos yendo á buscar fortuna por el mundo, eran entonces, como son hoy, una cosa muy natural en las costumbres sencillas y aventureras de la nación alemana. Leopoldo Mozart, al hacer correr el mundo á sus dos hijos, tuvo por objeto no solo mejorar su modesta posición, sino perfeccionar la educación de su querido Wolfgang poniéndole en contacto con los grandes maestros del arte. Mozart tenía entonces unos seis años, y ya tocaba el piano de un modo maravilloso; ya su genio precoz despedía destellos por todas partes, y parecia esperar con impaciencia que la naturaleza le permitiese el tomar posesión del vasto imperio musical. Impedido siempre por la necesidad de dar curso á su fantasía, era menester obligarle frecuentemente á suspender el trabajo, por el inucho ardor con que se dedicaba á él.

Mozart fué acogido en todas partes con curiosidad en un principio y despues con entusiasmo. En Milan le dieron el título de *Giorietta ammirabil*.

El joven artista recorrió la Peninsula toda admirando las academias y los doctores ancianos por su saber y ejecución: en Bolonia improvisa una fuga delante del *padre* Martini, y

Farinelli; en Roma aprende de memoria el *Miserere* de Allegri, composición complicada que escribe y da á luz por primera vez, y en Nápoles ejecutando una especie de sonata en el conservatorio della *Pieta*, delante de Iomelli y de una inmensa muchedumbre, se ve obligado á quitarse una sortija que lleva en la mano derecha á fin de tranquilizar al pueblo que creía que una ejecución tan maravillosa era efecto de algun sortilejo. A su vuelta de Nápoles, fué cuando Wolfgang hizo representar en Milan, par el mes de diciembre de 1770, su primera ópera titulada *Mitridate re Di Pontey*, que alcanzó aplausos entusiasmados. El autor tenía entonces catorce años.

Obtenido este triunfo, los artistas viajeros vuelven á tomar el camino de su patria, volviendo al año siguiente á Italia donde Mozart hizo representar en Milan una especie de grande escena dramática, *Ascanio in Alba*, cuyo éxito arrojó al viejo compositor Haasse estas proféticas palabras: *Este niño nos eclipsará á todos.*

Vuelto á Salzburgo para componer una serenata dramática, *Il sogno di Scipione*, con motivo de la coronación del nuevo arzobispo, marcha luego otra vez á Milan en octubre de 1773 donde hace representar una ópera seria, *Lucio Silla*, acogida del mismo modo que las precedentes; y por fin compuso en Munich, una ópera bufa *la Finta Giardiniera*, representada con un éxito brillante en el mes de enero de 1775: despues de lo cual volvió á Salzburgo, por la primavera del mismo año, con una reputación que igualaba ya á la de los mejores compositores.

En el invierno de 1779, Mozart se apresuró á presentarse en Munich ante aquella cuya imagen llevaba en el corazón. La señorita Aloisa de Weber era una jóven linda cantariz de mucho mérito, que Wolfgang tuvo ocasión de ver y oír á su paso por Manheim. Habiendo seguido la corte de Carlos Teodoro, que subió al trono electoral de Baviera, Aloisa de Weber se fijó en Munich con toda su familia, y parece que Mozart, enamorado de las gracias y del talento de la brillante Aloisa, hizo una demanda que fué tan bien admitida por parte de Aloisa como por la familia: la confirmación de ese consentimiento es lo que iba á pedir ansioso; pero cuando la elegante coqueta, adornada por los grandes señores, vió entrar en su casa, despues de un año de ausencia, á un jóven *delgado, con la nariz larga, los ojos abultados y la cabeza diminuta, vestido con una casaca encarnada con botanadura negra, de luto por su madre...* le miró de pies á cabeza de un modo tan frío y tan cruel, que Mozart no esperó á que esto sucediese segunda vez, enterró en lo profundo de su corazón la llama que le devoraba hacia un año, y consagró su afecto á Constanza Weber, la hermana mas pequeña de Aloisa. De este modo los verdaderos poetas cambian de objeto sin cambiar de amor, imprimiendo en todo lo que adoran la imagen que Dios ha grabado en su alma.

Su primer triunfo formal y verdadero fué en 1781 cuando se representó con un brillantísimo resultado su ópera seria en tres actos, *Idomeneo re di Creta*. De esta hermosa y encantadora partitura data el verdadero advenimiento de Mozart; todo era nuevo en ella, desde la abertura hasta el final, y todo revelaba un jenio dominador, que se desprende de los diversos y confusos elementos de que se habia hasta entonces alimentado, tomando posesión de su personalidad. El autor de *Idomeneo* tenía veinticuatro años, hallándose en ese instante propicio de la vida en que la sávia fermenta y circula fácilmente, en donde todo se presenta de color de rosa al ojo encantado de la juventud, que mira el porvenir á

través de las nubes doradas del capricho, y en que el corazón como vivo por las agitaciones de un sentimiento nuevo y misterioso, derrama en esa primera obra, que amará eternamente, esa penetrante languidez y esa melancolía serena que no se hallan sino en Virgilio, Rafael ó Mozart. De este modo, cuando ese oyelamúsica de *Idomeneo* parece que oye escuchar uno de esos cuentos fabulosos que Platon se complacia algunas veces en intercalar en sus diálogos, relatos encantadores que mecen la imaginación, llenándola de beatitud, y nos trasportan á una de esas islas maravillosas creadas por la fantasía de la Grecia, residencias afortunadas del amor que disfrutaban de una eterna primavera.

A petición del emperador José II, compuso despues *El Rapto en el Serrallo*, obra preciosa que puede considerarse como la primera ópera en lengua alemana que deba mencionarse la historia. *El Rapto en el Serrallo*, representada el 12 de julio de 1782, obtuvo un éxito popular que se esparció rápidamente en toda la Alemania, y que mereció los preciosos ojos de Gluck. El emperador José, á quien gustaban mucho la persona y el talento de Mozart, le dijo un día hablando de esta ópera que habia oído criticar á los envidiosos compositores italianos que estaban en su corte: *Muy bien, mi querido Mozart, pero hay algunas notas de mas; á lo cual respondió el artista con altivez: No hay ninguna mas de las necesarias, señor.*

Un mes despues de este nuevo triunfo, el 4 de agosto de 1782, Mozart se casó con Constanza Weber.

En 1786 despues de un interregno en que Mozart se vió obligado para vivir á componer toda especie de música, época en la cual escribió tambien sus mejores obras de música instrumental, Mozart trabajó de nuevo para el teatro, componiéndola ópera italiana titulada *le Nozze di Figaro*, que hizo época tanto en su vida como en la historia de la música dramática; y en efecto, nada de lo que entonces existía puede compararse á esa partitura colosal, en la grandeza y el desarrollo de las piezas concertantes, en el encanto y la novedad de las melodías y en la riqueza y variedad de los acontecimientos; así fué que á pesar de la pandilla de compositores y *diletantis* italianos, cuya resistencia fué preciso vencer por una orden espresa del emperador, *le Nozze di Figaro* se representó en el teatro de la corte en el mes de mayo de 1786, obteniendo el éxito mas completo, y haciéndose repetir hasta seis trozos, así como el hermoso duo *Sull'aria*, que fué pedido tres veces seguidas.

Desde entonces la actividad y fecundidad de Mozart se acrecentaron de un modo maravilloso é increíble; diríase que un ángel misterioso le agitaba dictándole una tras otra las obras maestras, y gritándole: ¡Marcha, marcha, porque tu hora se aproxima! En 1787 compuso *Don Juan*, su grande obra, para la ciudad de Praga; despues de un viaje hecho á Berlin en 1789, donde el rey de Prusia se esforzó en vano haciéndole grandes ofrecimientos para que se quedase en su corte, volvió á Viena donde escribió *Casi Jan tute* en 1790; y por último, al siguiente año compuso una tras otra *la Flauta encantada, la Clemenza di Tito*, y la misa de *Requiem*, despues de lo cual espiró en la noche del 5 de diciembre de 1791 á la edad de treinta y cinco años y algunos meses y cuando ya habia admirado y embelesado el mundo con la grandeza y la fecundidad de un genio incomparable.

Su ciudad natal, para perpetuar la memoria del primer músico acaso que los siglos han conocido, mandó fundir en Munich su estatua en bronce, la que fué inaugurada en Salzburgo el 15 de setiembre de 1842. El homenaje sin embargo era un poco tardío; habiendo muerto Mozart, como hemos

dicho en 1791. La viuda del ilustre compositor deseaba ardentemente que Dios la conservase la existencia hasta el día de esta inauguración, pero su deseo no fué cumplido, habiendo muerto de repente el 6 de marzo siete meses antes de la fiesta. El hijo de Mozart asistió vestido de luto á esta ceremonia, que ha dejado recuerdos duraderos á los habitantes de Salzburgo. Un crecido número de extranjeros nobles, admiradores del genio de Mozart, príncipes y princesas, con nides y condesas, compositores y artistas acudieron de todas las partes de Europa. Los Conservatorios y las Academias de música de Nápoles, Roma, Florencia, Milan, Venecia, Viena, Praga, Berlin, Munich, Hamburgo, Varsovia, San Petersburgo, Stokolmo, Copenhagen, etc., etc., estaban representados por algunos de sus profesores. En fin la fiesta del 5 de setiembre reunió mas de cincuenta mil personas. Cuando cayeron al dar las doce las cortinas que cubrían la estatua, los instrumentos de seiscientos músicos se mezclaron con las salvas de veinte piezas de artillería, y con el alegre repique de todos las campanarios de la ciudad. Por la noche, dos mil artistas y aficionados ejecutaron al pie del monumento, iluminado con fuegos de Bengala, un himno escrito para la circunstancia por el conde Ladislao de Sirker, arzobispo de Erlan, y puesto en música por el caballero Neukomm.

Al otro día por la mañana, dos mil ochocientos aficionados ejecutaron el *Requiem* de Mozart.

La estatua se halla erigida en medio de un mercado, lo que se ha censurado bastante por algunos. Hay criticos que pretenden que los monumentos conmemorativos del genio, deben estar siempre rodeados de silencio y lejos del espectáculo de las agitaciones vulgares de cada momento, pero hay otros que, por el contrario, dicen que deben estar en medio del ruido de las grandes ciudades, á fin de que conserven en ellas los grandes recuerdos, el culto del genio y una emulación constante.

MARIA LISMORE.

CUENTO IRLANDÉS.

Miguel Lismore, de oficio albañil, habia mostrado siempre poca afición al matrimonio. Sin embargo, como era jóven y buen mozo, no carecia de parejas para bailar ni de ojeadas en la feria de Cork, en la Cruz de San Kieran, y en las fiestas de los santos patronos de la Irlanda que, aun en el día, en medio de una creciente miseria, hacen brillar rayos de alegría y de olvido, de la calzada de los Gigantes al cabo Clear.

— Y por qué se ha de casar el muchacho? decían sus camaradas de placeres. Para qué se ha de cargar con mujeres y chicos que mantener, chicos que no dejan dormir la horrachera en toda la semana, y que impiden el beber los lúnes?

Estos razonamientos y otros muchos que se hallaban al alcance de Miguel, le persuadieron de que debia conservar su independencia.

Sin embargo en el mundo, como dicen las viejas, necesitamos del deber para fletar el buque, y de las ilusiones para hinchar las velas; Miguel prescindió del uno, y la pipa y la botella le suministraron las otras en abundancia. Tan de prisacaminó por esta senda, que el vellornel de la salud que animaba su rostro se fué concentrando en una nariz tanto mas prominente cuanto mas se hundían las mejillas; sus cabellos cada vez mas claros, comenzaron á blanquear, y empezó tambien á cargarse de espaldas: como el marinero,

acostumbrado al movimiento del buque titubea cuando anda hasta en tierra firme, así el albañil, aun antes de haber tomado la mañana, sentía que sus débiles piernas flaqueaban. En una palabra, Miguel Lismore, antes de tiempo, y sin haber tenido las cargas y cuidados de padre de familia, ya parecía un hombre cargado de años.

Parecía desinado á morir como había vivido, es decir, recojiendo axiomas, y copillas de canciones báquicas, para justificar y aun preconiizar el género de vida que llevaba, y acallar su conciencia de este modo. Nunca hacia daño á

nadie, ni bien tampoco; no pedía prestado un cuarto, ni daba la mas mínima cosa; no temía ni á Dios ni al diablo, y jamás tuvo ningún apuro con el cura ni con el juez de paz. Por ventura no podía beberse lo que ganaba? Qué les importaba á los demás que su traje estuviese roto y remendado, y que su gorra manchada de lodo hubiese avergonzado á un pobre de pedir limosna? Acaso suplicaba él á las gentes que le mirasen?

Los mas grandes filósofos se suelen desviar de sus principios; por esto no hay que estrañar que á veces hiciese lo



María Lismore.

R.B.

mismo Miguel Lismore. Buen trabajador como lo era, el whiskey no le había impedido hasta entonces el ganar su salario. Además él decía de sí mismo, que era un hombre muy afortunado. Los maestros de obras le querían mucho, porque como verdadero irlandés tenía chist-s y ocurrencias graciosas; y además su actividad y robusta constitución resistían á los excesos cuyas señales llevaba pintadas en la cara, pero al cabo todo se concluye, y un día, por una hermosa mañana de primavera, cuando despues de una noche de angustias, Miguel quiso levantarse para recurrir al whiskey, su medicina ordinaria, le faltaron las fuerzas, y volvió á caer en su lecho, ardiendo de calentura y lanzando sonidos inarticulados.

Llegado la víspera con una cuadrilla de trabajadores para gobernar un palacio que acababa de cambiar de dueño, Miguel, con objeto de echar la *niebla* fuera, abusó en demasía de su bebida favorita, y cuando se dejó el trabajo por la tarde, no tuvo fuerzas para seguir á sus compañeros, que se fueron á pasarla noche á la aldea vecina. Rezagado, sin saber lo que hacia, se apartó del camino, dió vueltas á una tapia, y aprovechándose de un anecho agujero que habia en ella, se enterró en un monton de heno que se estaba secando, ó

que fermentaba, en el mal cerrado corral donde habia entrado.

Muchas horas habria podido permanecer allí sin socorro de ninguna especie; porque el dueño de aquello lo tenia encomendado á un administrador, que contaba sobre el arrendatario, el cual se fiaba á su vez en un criado, que descansaba quizá en el acaso ó en las hadas para remover aquel monton de heno. Por fortuna acertó á llegar allí una aldeana de la comarca, Peggy Ryan, que debía á su fealdad el apodo de *Cabeza Cuadrada* (y en efecto parecia que estaba cortada á hachazos, mas bien que formada por las manos de esa graciosa naturaleza que se deleita en redondear los contornos). Peggy habia seguido á carrera tendida hasta el cercado á su vaca, que llamaba Jacqueline, en recuerdo de una hermana que habia tenido, y que se la murió en la infancia. La Jacqueline, sin ser muy astuta, sabia que por donde pasa el agua hay humedad, y que por donde pasan las espigas quedan granos; así, pues, habia seguido los senderos que habian recorrido los segadores, lo mismo que si se los hubiesen enseñado de antemano. De este modo, á donde podía ir Cabeza Cuadrada, sino detrás de la compañera de su vida, que compró con el producto de todos sus ahorros, y que

á su vez la mantenía con el producto de su leche?

Ya en el ocaso de la vida, si podemos espresarnos así al hablar de las que nunca tuvieron aurora, Cabeza Cuadrada no habia podido hallar un marido, y no porque no fuese laboriosa, honrada, sobria y robusta como un animal, como decian en la comarca, sino porque pasaba, y con razon, por la muchacha mas fea que se encontraba en tres leguas á la redonda. Completamente desfigurada por las viruelas, aunque conservaba muy bien guardada su certificacion de vacuna, era ademas tuerta, sorda, y el gesto que hacia cuando queria reir se habia vuelto proverbial:

—No te rías como Cabeza Cuadrada, decian las madres á sus niños cuando torcian los ojos, y abriendo una ancha boca, se disponían á gritar desafortadamente reuniendo para ello sus fuerzas y su aliento. Para colmo de desgracia, la fea criatura era huérfana y pobre. Educada por una anciana tía devota, activa y buena, pero seca é imperiosa y que no economizaba los bofetones como medio de educación, Cabeza Cuadrada se quedó sola, y enteramente aislada cuando su tía se murió, dejándole por toda herencia una pequeña choza y un armario bastante bien repleto de ropa blanca, acompañado todo ello de su bendición. Se quedó sin tener quien la riera por la mañana, sin nadie á quien cuidar cuando volvía del campo, sin nadie á quien amar, en una palabra. Triste fué desde entonces su existencia. La pobre solitaria trabajó tanto y tan bien, supo economizar tan cuidadosamente lo que ganaba, que logró al fin reunir lo suficiente para comprar una vaquilla en la cual se concentraron desde entonces todos sus pensamientos, sus placeres, y sus mas queridas afecciones. Semejante á aquella mujer de la antigüedad que, llevando sobre sus hombros el mismo becerro todos los días, habia visto aumentar sus fuerzas á proporcion que el animal crecía, concluyendo al fin por llevar un toro, Cabeza Cuadrada habria podido levantar á peso la enorme vaca que en otro tiempo se trajo de la feria á su casa, á ocho millas de su cabaña. Día glorioso fué aquel en que Cabeza Cuadrada instaló en el mejor de sus dos cuartos al fierro animal, sin que sus blandos piés tropezaran con las piedras del camino, y sin que el fango de los pantanos hubiese ensuciado el sedoso y reluciente pelo, que su nueva dueña le habia cuidadosamente lavado y enjugado.

—Estáte quieta ahí, hija mia! dijo Cabeza Cuadrada cuando llegando junto á la pared, oyó un quejido del otro lado.

Para animarla á que obedeciera se apresuró á echar al animal un buen puñado de yerba recogida de prisa y corriendo, y despues penetró en la pradera por el mismo agujero que habia dado paso al borracho.

El estado en que se hallaba Lismore conmovió profundamente á la pobre muchacha. Su limitada inteligencia, sus fuerzas corporales, y su ciega actividad, todo se multiplicó en ella, bajo la influencia de su caritativo corazón. La única cama de su choza fué para Miguel, ella no se volvió á acostar mas que al lado de su vaca, y eso cuando podía economizar una hora de reposo. Velaba toda la noche despues de haber trabajado todo el día, porque no queria que le faltase nada á su enfermo! Hasta la misma Jacqueline estaba descuidada; sin embargo su leche, y los asiduos cuidados de Cabeza Cuadrada hicieron mas por el restablecimiento de Lismore, que las medicinas del veterinario de la aldea. Por fin, el albañil, habiendo sanado, merced á su enfermera, creyó deber recompensarla casándose con ella, y cargándola con el peso de los días que ella le habia conservado.

Unico fruto de esta union tardía, María vino al mundo para consuelo de su pobre madre. En efecto, Lismore tenia

ménos fuerzas que ántes para seguir entregado á sus costumbres, pero si ya no hallaba la alegría en el fondo del vaso, encontraba la cólera y el mal humor. Aunque su mujer pareciese mas jóven que él, por fea que fuese, en atencion á que el tiempo y el trabajo no gastan tanto como la intemperancia, bien luego Miguel le echó en cara su fealdad y luego sus achaques. El que sabe soportar, sabe vivir, y Cabeza Cuadrada, por simple é ignorante que fuese, habia hecho un laborioso aprendizaje de esta difícil ciencia; volvía del lado de la amenaza el ojo que no veía, y del de la injusticia el oído que era sordo.

Afortunada criatura! Su suerte le pareció digna de envidia, en cuanto tuvo un objeto mas que proteger y cuidar. María era tan bonita! Ninguna de sus injenas gracias, ninguna de sus encantadoras sonrisas pasaba desapercibida para su madre. Qué placer tan grande experimentaba, cuando sentía que se agarraba con su bonita mano á su delantero, y cuando oía los primeros sonidos de su voz argentina!

Aquella, á quien jamas habian dirijido una palabra lisonjera, ni una sonrisa de aprobacion, recibia las mas dulces miradas de aquellos hermosos ojos húmedos resplandecientes ya de inteligencia y de sentimiento, los dulces besos de aquella boquita fresca como una cereza, y los cariñosos apretones de aquellos brazos que eran para ella sola, porque María habia visto á su madre trabajar, soportarlo todo y quererla mucho, en tanto que su padre fumaba, bebía y era mal hablado.

No hay para que decir que Peggy no consintió jamás en que las delicadas y rosadas manos de su querida niña se endureciesen en trabajos groseros. Ella lo hacia todo. El amor maternal y su alegría habian renovado sus fuerzas, y ya no sentía el cansancio que gastaba su vida, ni hacia caso de las injurias de Miguel, aunque á veces iban seguidas de algunos golpes. A pesar de que trabajaba en la granja y en el campo, acompañaba tambien á su marido para ayudarle á trabajar en los caminos, cuando Miguel estaba de humor para tomar el azadon ó la pica.

—El pobre está indefenso, decía Cabeza Cuadrada, haciendo inauditos esfuerzos para arrancar á su marido á sus compañeros de botella, y esta era la queja mas enérgica que pronunció jamás contra su marido.

La ciega ternura que Cabeza Cuadrada profesaba á María habria podido cambiar á esta amable y cariñosa niña en una jóven coqueta y egoísta; pero María unía á su belleza la bondad, y la sencillez de corazón que en tan alto grado poseía su madre. El ejemplo de aquella vida laboriosa y resignada, era una lección de todas las horas, una exhortacion continua y elocuente. Bien luego la jóven, tratando de ser útil, se hizo la costurera del canton. Los estasis de su madre á cada nuevo esfuerzo, á cada nueva prueba de inteligencia, fueron lo suficiente para animarla.

María ciosa desde por la mañana hasta por la noche, sin que ninguna distraccion interrumpiese el monoton empleo de sus horas. Al revés de las artes liberales, cuyos principios son siempre escabrosos para el que aprende, las artes mecánicas se pueden emprender facilmente, aunque despues llega siempre el cansancio, á causa de su uniformidad continuada. Entonces, para enganar el fastidio de un trabajo sin pensamientos, una cabeza jóven se entrega á las ilusiones, á los sueños, á los proyectos imposibles: entonces esperanzas menfrosas rodean con lúcentes aureolas lo que no existe, ni puede existir, reflejando en los fastidiosos detalles de la vida real, una pálida luz que en vez de alumbrarla la exajera. De este modo Rosa la costurera, habia salido del

país en alas de su esperanza, yendo á aumentar las filas de las desgraciadas que con una cesta de naranjas en el brazo, atraviesan por la noche las calles de Londres y mueren en la miseria, y lo que es peor aun, en el envilecimiento. Otras tambien de sueño en sueño, habian concluido por realizar sus esperanzas, pero Maria conservaba siempre su dulce serenidad : cómo podia ver aquella triste cabaña habitada por un borracho y por una pobre enferma, alumbada de un celeste rayo? Se dice que á veces las hadas, cuando las llaman al bautismo de un niño, dotan al recién nacido de un encanto para que le salgan bien todas las cosas : si las jóvenes de la verde Irlanda pasan largas horas pensando en el adorno que llevarán al baile, ó en el hermoso mozo cuyos ojos contemplarán su belleza, las matronas con una mezcla de miedo y de placer, sueñan en el *buen pueblo* y en las *buenas jentes* como ellas dicen, que habitan en el reino de las quimeras, y visitan de cuando en cuando á los amigos de los prodigios, de lo maravilloso, de lo desconocido, de lo que no podemos ver, ni explicar, y cuyo deseno nace en nosotros y con nosotros.

Sin embargo ninguna hada habia dotado á Maria en la cuna, ningun protector misterioso daba vueltas en torno del canastillo de su labor. Ni aun la misma imagen del jóven noble, que pasaba con tanta frecuencia á caballo por debajo de su ventana, á pesar de que el sendero era muy malo, y no conducía sino á la granja cercana, turbaba sus sosegados pensamientos. Sin embargo, como toda naturaleza completa, tenia esa viveza de imaginación, esa superabundancia de ideas, gozo y tormento de la juventud. A pesar de lo simple y limitada que era, Cabeza Cuadrada habia sabido dar á Maria un talisman contra las ilusiones, contra las quiméricas esperanzas que conducen al abismo, apagando la claridad toda del camino, bendito siempre, en que nos ha colocado el Señor en este mundo.

— Cuando no sepas en qué pensar, tesoro mío, decía Peggy á su hija, reza tus oraciones; ya veras que consuelo tan grande, hija mía.

Maria la habia obedecido, y ya desde muy pequeña, rezaba lo mismo que su madre. Diríase que las palabras que se repiten á menudo, forman como un canal, por el que el pensamiento, se mancha, ó se purifica. En tanto que Miguel, siempre atestado de vino, no dejaba su pipa, sino para lanzar imprecaciones, que le encolerizaban á medida que las profería, y que atizaban al soplo de sus palabras, y de sus juramentos, la violencia de sus brutales pasiones, su mujer, repetía sin cesar: «Perdonamos, como nosotros perdónanos» y el apacible sosiego de la plegaria, se esparcía en sus vidas.

Lo mas dulce que hay en la tierra es amar, bendecir, y resignarse. Atenerse al deber como otros se acogen á la esperanza, fué el medio que adoptó Maria para elevarse á otra atmósfera mas alta y sosegada, y los encantos que otras hallan en las ilusiones ella supo descubrirlos en la realidad. Tantas veces habia repetido «hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo», que habia acabado por sentir un consuelo inefable, y el dolor que carece de sentido para un corazón ciego, tomó uno y muy claro para aquel alma dispuesta de ese modo.

Cuando arrojada junto á aquella que habia sido el primero y mas tierno cariño de su vida, Maria recibió su bendición postrera; cuando vió la expresión de una inmutable serenidad que se extendía sobre la pálida fisonomía de su madre, estas palabras tan á menudo repetidas «bendita tu eres entre todas las mujeres», resonaron en el fondo de su cora-

zon. Entonces las lágrimas de la piadosa jóven corrieron por sus mejillas sin amargura. Por ventura, los recuerdos y las oraciones no unen lo pasado con el presente, y el presente con el porvenir? Ah! Solo están muertos de veras aquellos á quienes olvidamos. Ahora cuando Maria repetía «Venganos el tu reino» veía á su madre transformada que le abría el reino adonde no se sube sino de virtudes en virtudes, y cuya felicidad y gloria se resumian en una sola palabra que todos comprenden, aunque nadie puede explicar: la perfección!

Ningun trastorno hubo en la pobre choza cuando hubo muerto la pobre anciana. Los pensamientos siguieron cambiándose en acciones, y en virtudes los sueños. La influencia de una larga paciencia y de una inalterable dulzura, acabaron por ablandar el carácter de Miguel, que permaneció mucho mas que antes en su casa, bebía menos, y aun á veces decía:

— Hay que confesar que si el vino alegra en la taberna, la mujer constituye la paz y la alegría de la casa, lo que es mucho mas duradero.

EL NIDO DE GIGÜENAS.

por

ELIAS BERTHET.

(Véanse las páginas 5, 14, 21, 26, 34, 45 y 55.)

— Explícate.

— Vais á decir que soy muy atrevido y pronto en mis resoluciones, repuso el sumiller en tono cauto; pero esas circunstancias lo exigen así; mi deseo de complaceros pesa sobre una precipitación...

— Enrique hizo un ademán de impaciencia y de colera.

— Mi resolución ha sido tan súbita... pero en fin no quiero abusar de vuestra paciencia!... Baron, soy jóven todavía, miradme bien. Además soy rico, y la confianza de mi soberano el príncipe de Hohenzollern, me promete un brillante porvenir. En este momento me hallo encargado de una misión importantísima para mi augusto soberano, y gracias á un encuentro que he tenido aquí la noche última, saldré adelante con mi empeño; mi recompensa será buena; me nombrarán diputado en la dieta, ministro quizá... En cualquier caso, mi mujer, si llego á casarme, estará en la primera categoría en Hohenzollern, y una jóven de ilustre nacimiento no se sonrojara jamás de haberme acordado su mano.

Al llegar aquí se detuvo para juzgar el efecto que producían sus palabras; el mayor estaba pensativo, lo que al sumiller le pareció de buen agüero.

— Conozco demasiado vuestra delicadeza, repuso con afectada sonrisa, para atreverme á proponeros nada que se parezca á una restitución; pero las cosas se arreglan tan fácilmente entre hermanos!

El mayor no respondía. Ritter, alentado con su silencio, se decidió á esplicarse con mas claridad.

— Vuestra hermana es encantadora, continuó, y estoy seguro de que haria un gran papel en Hohenzollern que carece de mujeres jóvenes y bonitas... He quedado prendado de ella á primera vista, como en las novelas y los madrigales... y así pues, si no estuviere animada de injustas prevencciones contra mí...

— Enrique de Steinberg le apretó el brazo con suma fuerza.

— Entiendo, entiendo, le dijo bruscamente; y porqué no?... sois noble, no es verdad?

— Nadie ha puesto nunca en duda ese título que poseo.
— Baso, caballero Ritter, acepto.
— Cómo! Sin consultar á la que...
— Ya está acostumbrada á obedecerme, además, pronto saldéis de dudas.
Y dicho esto llamó, dando una voz, á Whilemina.

XIII.

La jóven que estaba pensando en aquel momento como descubriría al baron el secreto de su amor á Frantz, se levantó estremeciéndose.

— Cómo! murmuró el sumiller, en mi presencia... y sin advertirla!

— Dejadme en paz, interrumpió bruscamente el baron; mi hermana no es una de esas muñecas de corte, sino una sencilla criatura educada en el campo, á quien hablo siempre con la franqueza que acostumbran á usar los militares... Le diré redondamente de lo que se trata, y vereis como me responde en el mismo tono. Whilemina, hace un instante parecíais dispuesta á aceptar un marido á fin de tener un protector mas cuidadoso que yo mismo... El caballero Ritter acaba de pedirme vuestra mano.

El sumiller se inclinó hasta el suelo.

— Cómo! exclamó la jóven palideciendo.

— Señoría, repuso Ritter, no soy yo quien ha elegido las circunstancias de esta presentación que desearía se hubiese verificado de otro modo... pero podéis creer que mi profundo respeto...

— Al diablo! interrumpió el mayor, dejad esa jerguza de cortesano, y hablada sin rodeos. Whilemina, no necesito decirlo lo importante que es para los dos vuestra resolución; he cometido grandes faltas, y podéis ayudarme á repararlas. El caballero Ritter se encuentra animado de las intenciones mas generosas...

— Un jugador! balbuceó la jóven espantada y sin saber apenas lo que se decía!

— Temeis que disipe vuestra dote? exclamó Enrique con sonrisa amarga; pero tranquilizados, Whilemina, el caballero Ritter juega por casualidad, y nada mas... es un hombre prudente y sereno, y no está sujeto como yo á la fiebre de la exaltación que tiene cruales accesos. Casi por fuerza tuve que obligarle á jugar la noche de mi ruina... No temáis nada, os digo, porque nunca aventuraré sobre una carta la posesión de este viejo castillo, que por miserable que sea, puede constituir aun mi orgullo, y mi alegría... Además los derechos de Ritter sobre el Steinberg me preservarán para lo sucesivo de la horrible tentación á que una vez he sucumbido. Lo comprendéis, hermana mía? De vos depende el honor y la existencia de mi familia... Si, sí, es preciso: soy vuestro protector natural, vuestro dueño... y me obedeceréis, porque así lo quiero.

El sumiller no decía una palabra, porque nada podia producir mas efecto sobre la jóven que las instancias y las órdenes de su hermano. Whilemina con los ojos bañados en lágrimas manifestaba una agitación extrema.

— No, Enrique, exclamó, no me pidais eso... es imposible.

— Imposible! Y porqué?... No me dijisteis ántes que os hallabais dispuesta á aceptar un marido?

— Es cierto, pero... Oh! hermano mío, no es encolericeis, no me aborrecéis... Mi elección está hecha!

— Algun amorcillo de aldeas, replicó el mayor desdeñosamente; y creéis que en tan graves circunstancias nos pararemos en esas niñerías?

— Hermano, esa niñería, es mas seria de lo que pensais... no puedo dar mi mano á este caballero... porque pertenece á otro...
— Qué queréis decir?
— Estoy... lo diré aun cuando deberíais matarme, estoy casada!

Y la pobre jóven, aniquilada por el esfuerzo que habia hecho, cayó moribunda en una silla.

Las piedras de las ruinas del Steinberg que se hubieran levantado para volverse á poner en el pueblo que ocupaban tres siglos ántes, no habrían causado al mayor una sorpresa mas profunda que estas dos palabras «Estoy casada» saliendo de la boca de Whilemina. Un momento permaneció como petrificado; luego volviéndose hacia el sumiller, afeitado tambien con aquella revelación inesperada, le dijo con aire de tristeza:

— ¡Habeis oído! Ha perdido la razon la pobre criatura á consecuencia de las desgracias que han caído sobre nuestra casa... ¡Delira!...

— Señor mayor, repuso el caballero Ritter, menoscando la cabeza; mas bien me parece que...

— Casada! repitió el baron con voz de trueno. Quién se atreveria á sostener semejante mentira?... Casada sin mi consentimiento, sin el permiso de su tutor, de su hermano, del jefe de su familia!... Qué sacerdote habria podido consagrar tal union? ¡Quiénes podrian haber sido los padrinos? Y cómo los fides criados que están aquí, no me hubieran escrito esta monstruosidad?... Pero me da vergüenza hablar seriamente de esta tontería... Casada! Y dónde ha podido ver á un hombre en esta soledad? Quién habria podido aspirar á su mano, y decidirla á desafiar mi justa cólera?... Vaya, vaya, esta es una disculpa muy graciosa, que me hace soltar la carcajada.

Y en efecto se oyó salir por los labios del baron una risa convulsiva. Whilemina se levantó; habia recobrado un poco de ánimo, y un ligero encarnado habia vuelto á aparecer en sus mejillas.

— Hermano mío, repuso, os he dicho la verdad... y me seria imposible explicaros cómo he tenido valor para desafiar vuestra cólera. Lo único que sé es que mi voluntad ya no me pertenece: podria mandar y me considero muy feliz obedeciendo... pero estoy casada, os lo juro, estoy casada! Mis sentimientos contrarios fermentaban en el corazón del impetuoso Enrique; sin embargo trataba de contenerse energicamente. Al cabo dijo con un acento de amarga ironía:

— El hecho, hermana mía, es tan curioso que necesita alguna explicación. Estoy sereno, ya lo veis... os suplico que me contéis vuestra bonita historia, y os aseguro que, como yo, el caballero Ritter experimentará mucho placer de oirla.

Whilemina espuso rápidamente y con acento trémulo las circunstancias de su union con Frantz y su matrimonio secreto. Mientras hablaba, la varonil fisonomía del mayor reflejaba las pasiones mas violentas; su robusta organización se estremeció de rabia.

— Pero cómo se llama ese hombre? interrumpió con fuerza; no me habeis dicho todavía cuál es su nombre, ni la categoría á que pertenece.

— Se llama Frantz, hermano mío, dijo Whilemina con una sencillez que era sublime en presencia de la irritación del mayor; no sé otra cosa de él sino que es hermoso, valiente y generoso, y que me amo!

— Miserable criatura! exclamó el mayor con el parasismo de la cólera alzando la mano sobre ella, te atreves á elojiarle en mi presencia...

— Hermano mío, replicó la joven con una angélica dulzura sin asustarse con aquella amenaza, no sería mas culpable, si no le amase? El mayor dejó caer su mano.

— Qué puedo esperar de ella? dijo con acento sordo, y continuando de nuevo su paseo: no debo cifrar en ella mi venganza!... pero el otro... el otro, que es valiente y fuerte,

en dónde está? Quiero ver á ese hombre, á ese seductor de los infiernos, para pedirle cuenta de esta execrable intriga!

— Aquí está, mayor de Steinberg, dijo una voz grave y sonora junto á la puerta; aquí está dispuesto á responder de todos sus actos, y de todas sus faltas si es culpable.

(Se continuará.)

LA MEZQUITA KESMAS-EL-BARADEYEH, EN EL CAIRO.



Patio interior de la mezquita Kesmas-el-Baradeyeh.—Dibujo de Karl Girardet.

Esta mezquita se halla situada en la calle Derb el Ahmar, que desemboca en la plaza de la ciudadela.

Un ancho corredor, sostenido por arcos morunos, reina al rededor de todo el patio. Allí se pasean lenta y gravemente los mahometanos absortos en sus piadosas meditaciones. Muchas puertas que salen á ese corredor comunican con el interior de la sala grande de la mezquita, situada bajo la cúpula.

En el patio se ve un pabellon sostenido por unas columnas, destinado á proteger una fuente cuya agua fresca y pura se emplea para las abluciones que debe hacer todo

verdadero creyente, cuando va una vez al dia, regularmente á las doce, á orar á la mezquita.

La fuente de que acabamos de hablar, se halla bajo las ramas de un sicomoro secular, que seria una curiosidad en nuestros países; pero árboles como ese no son raros en Egipto donde se respeta la ancianidad por todas partes. Nunca los cortan, sino cuando están secos, sobre todo cuando tienen sus raíces en un lugar sagrado, y lo que les hace mas respetables todavia son los nidos de palomas y cigüeñas que tienen ocultos en sus ramas.

EL CASOBAR DE LA NUEVA HOLANDA.



Museo de Historia natural de Paris.—El casobar de la Nueva Holanda.—Dibujo de Freeman.

El nombre de casobar está aquí falsamente aplicado, pues aunque el ave que se ve en nuestro dibujo tiene ciertas analogías exteriores con el casobar verdadero, difiere de él sin embargo en caracteres zoológicos esenciales; su cabeza no se halla coronada del casco de hueso que tiene el de la India; su pico tambien es diferente, su estatura mas alta, y por

último, su patria no es la misma, porque no se halla como el precedente en las islas del Archipiélago indio, sino que habita, como lo indica su nombre de especi, en la Nueva Holanda, donde se le encuentra particularmente en Botany-Bay y en Port-Jackson.

Las analogías de forma exterior entre este casobar y el de la India, son principalmente las siguientes: tiene la altura y el porte del avestruz de América; sus dedos son tres; su cabeza se halla ligeramente cubierta de plumas un poco crepusculadas, que siendo bastante claras por el pecho, permiten que se distinga el color azulado y á veces purpúreo de su piel; su pico es negro, y sus alas estremadamente cortas, mucho más que las del casobar de la India; sus plumas son oscuras y cenicientas, y forman casi por todo el cuerpo largas listas ó rayas interrumpidas, rizadas en el mismo sentido. Los pequeñitos se hallan cubiertos de una especie de plumon rayado longitudinalmente de pardo y blanco ceniciento.

Este casobar se alimenta con frutas y yerba tierna; dicen que en los sitios donde vive naturalmente, es muy feroz, y corre mas que un galgo.

En el día, la especie vive más allá de las montañas, habiendo desaparecido de las localidades en donde antes existía en abundancia. Por eso se compran á un precio muy subido en las colecciones públicas los que se han podido conservar vivos. La hermosa pareja que posee el Jardin de las Plantas de París excita la sorpresa de cuantos visitan este hermoso establecimiento.

EL NIDO DE GIGÜÑAS.

POR
ELIAS BERTHET.

(Véanse las págs. 5, 14, 21, 26, 31, 45, 53 y 62.)

—Aquí está, mayor de Steinberg, dijo una voz grave y sonora junto á la puerta; aquí está dispuesto á responder de todos sus actos, y de todas sus faltas si es culpable.

Y al mismo tiempo Frantz se precipitó en el aposento, seguido de sus dos amigos Alberto y Sigismundo.

Whilemina al verle lanzó un grito, y se arrojó hacia él para defenderle de su temible hermano. Pero Frantz la miró melancólicamente sonriendo, y separándola con mano suave, se adelantó solo hacia el mayor.

Éste habíale mostrado al pronto alguna sorpresa cuando vió la súbita llegada de aquellos tres personas desconocidas; pero bien luego se cambió en una ardiente curiosidad este sentimiento.

Púsose en frente de Frantz fijando en él esa terrible mirada cuya energía pocas personas podían soportar.

En aquel momento sus pupilas lanzaban rayos de fuego; las aberturas de su nariz parecían hincharse como las del caballo de batalla que va á entrar en la pelea y su tostado rostro se veía surcado de anchas y profundas arrugas.

Con su atlética estatura y en aquella actitud provocadora, personificaba el vigor físico y las pasiones brutales, en tanto que Frantz delgado y pálido, hermoso y risueño, reproducía el tipo mas poético de la energía moral.

El baron le examinó cerca de un minuto en silencio, tan grande era el efecto de la cólera en aquella poderosísima naturaleza, que le impedía el decir una palabra.

—¿Sois vos? balbuceó al fin; sois...

—Soy el esposo de Whilemina, replicó Frantz con acento digno y sereno: baron de Steinberg, soy vuestro hermano.

El mayor saltó hacia atrás dos pasos.

— Mi espada! exclamó con voz ronca: en dónde está mi espada?

XIV.

Frantz se quedó tan sereno como antes con esta demostración amenazadora.

— Dejad vuestra espada, señor mayor, repuso con un ademán lleno de nobleza; antes de hacer uso de ella, creo que un hombre de corazón debe escuchar el lenguaje de la razón y de la verdad... Os suplico que me oigáis un momento.

— Yo, hablar friamente del deshonra de mi familia exclamó el baron arrebatado; yo, discutir con un aventurero desconocido!... Y porqué no? dijo interrumpiéndose á sí mismo con esfuerzo; quiero, y debo escucharle... Moderaré un instante mi indignación, un solo, y despues... Pero, quien son esos? continuó volviendo sus feroces ojos hacia Alberto y Sigismundo: porqué han venido aquí? qué quieren?

Los dos jóvenes indignados con este lenguaje iban á responder en el mismo tono, cuando Frantz les impuso silencio por medio de un ademán suplicante.

— Señor mayor, repuso éste, yo soy quien tengo que explicar la presencia de mis dos amigos en el Steingberg... Ambos han sido mis padrinos en la ceremonia de mi matrimonio que tuvo lugar antes de anoche en la iglesia católica de Selbaes, á algunas millas de aquí... y como los dos han firmado el contrato, he creído que debía traerlos aquí para afirmaros un hecho que puede pareceros extraño.

— Estraño y muy estraño! repuso el baron con amargura; pero no podríais mostrarme ese dichoso contrato...

— No puedo hacerlo sin revelaros un secreto que quisiera tener oculto al mundo entero; el sacerdote que ha bendecido nuestra union ha salido ya de esta comarca, por su seguridad y mi reposo... De este modo os suplico que os contentéis con mi palabra y la de mis amigos.

El mayor permaneció un momento sin responder; los esfuerzos que hacía para moderarse, le quitaban el uso de la palabra.

— Y es eso todo lo que tenéis que decirme? murmuró con acento cortado.

— Tengo que deciros, mayor, que mi esa pobre Whilemina ni yo merecemos vuestro desprecio y odio, y que mas bien tenemos derecho á vuestra indulgencia. Esto no ha sido premeditado; ambos hemos seguido el irresistible impulso de nuestros corazones... Viendo á Whilemina como abandonada en esta soledad, apenas supe que tenía un hermano de quien dependia, y quisé poderme llamar su protector, su apoyo... Ahora, os suplico humildemente que, como jefe que sois de la familia, ratifiquéis una union quizá algun tanto precipitada; permitidme que haga cuanto está en mi mano para asegurar la felicidad de Whilemina...

En la modesta oscuridad en que nos proponemos vivir juntos, podremos existir con los recursos con que cuento; no nos falta mas que vuestro perdón y vuestra benevolencia. Mayor de Steinberg, me humillo en vuestra presencia tanto como se puede humillar un hombre de honor delante de otro á quien ha ofendido gravemente. Perdonad á Whilemina, perdonados.

Esta mezcla de dignidad y de dulzura habria producido un gran efecto en un hombre de un carácter ménos rí-

diente y altanero que el baron de Steinberg, pero en tanto que Frantz hablaba, aquel fruncia las cejas y se morlúa sus poblados bigotes con un aire de sombría impaciencia.

— Está muy bien, repuso con la misma sonrisa, ahora no me queda mas que entregar á mi hermana, á una hija de la antigua casa de los Steingberg, al señor estudiante Frantz, para que se la lleve á donde quiera, deseándoles toda clase de prosperidades... No es eso lo que me pedis? no es eso lo que quierais desvergonzada criatura?...

— No insultéis á Whilemina! exclamó Frantz con presteza; mayor de Steinberg, me he puesto á vuestra discrecion, he consentido en rebajarme en vuestra presencia, pero respetad á esa angelica criatura, porque sabré defenderla, hasta contra su hermano.

— Sin duda en virtud del derecho que os da ese hermoso matrimonio, no es cierto, señor estudiante?

— No sé, señor baron, si es contestable ese matrimonio á los ojos de los hombres, pero es un lazo muy real y verdadero á los ojos de Dios, á los de Whilemina y á los míos, y esto basta. En cuanto á vos...

— Frantz, exclamó Whilemina interrumpiéndole, no discutais con mi hermano, se indignaria, no nos perdonaria ya, y deso tanto que nos perdone!... Enrique, continuó con acento suplicante, no seas implacable! Reflexionad en el fineno esto abandono en que me habeis tenido; si soy culpable, no os cabe tambien á vos una parte en mi culpa? Estaba sin apoyo; la soledad, la tristeza, me hacian insoportable la vida; parecíais haberme olvidado enteramente.

El mayor se levantó dando un brinco.

— Ois lo que está diciendo? exclamó pegando una patada en el suelo. Ahora quiere echarme la culpa de todo lo que ha pasado. Por el alma de mis antepasados, soy yo causa de que se haya entregado al primer estudiante vagabundo que ha venido á mendigar á la puerta del Steingberg?

— Mendigar! exclamó Frantz; mayor de Steinberg, comprendo vuestra justa cólera, pero me seria imposible sufrir mas tiempo el ser tratado de un modo semejante... La sangre que corre en mis venas es tan ardiente y fiero como la vuestra, y mi nombre...

Mas al llegar aquí se detuvo de súbito.

— Veamos ese nombre, exclamó el mayor, nos le diréis al fin?

Frantz guardó silencio.

— Mi querido baron, dijo el caballero Ritter levantándose, me causa compasión el apuro en que os veo... Aunque forastero en estos lugares, sé el nombre de ese joven, y siento mucho deciros que no es nada brillante.

— No me conocéis á mí? murmuró Frantz con inquietud.

— Os engaíais. Vuestro amigo que está ahí detrás, me ha dicho ayer noche vuestros nombres y títulos!... Pero en fin no sois el primer artesano que ha querido pasar por noble!

— Así pues...

— Se llama Frantz Stoppels... y es hijo, segun me han dicho, de un tonelero de Heidsberg.

Las mejillas del mayor tomaron una tinta livida con esta revelacion. Hasta la misma Whilemina se estremeció; pero Alberto Schwartz exclamó con su aturdimiento ordinario:

— Quien ha dicho que Frantz era hijo de...

— Silencio! interrumpió Sigismundo.

— Me habrán engañado acaso? preguntó el sumiller en tono cauteloso.

— No os he engañado, respondió Sigismundo con firmeza. Frantz es el mismo que os he dicho, y estoy seguro, añadió

echando una mirada significativa al esposo de Whilemina que no querrá ocultar por mas tiempo la verdad.

— En efecto, dijo Frantz, con una voz casi ininteligible, un necio amor propio, el temor de que me despreciara Whilemina...

— Su familia es muy conocida en Heideberg, repuso Sigismundo, y ese atollonado de Alberto, añadió con acento severo, debe conocerla tambien... Pero sin duda ha olvidado «que debe estar alerta siempre, porque nadie sabe cuando vendrán el día y la hora.»

Estas sacramentales palabras obraron sobre Schwartz su efecto ordinario.

— Si, sí, Sigismundo tiene razon... olvidaba en efecto... El padre de Frantz es el que hizo este verano un tonel culpado para el gran duque y...

Muller le impuso silencio con un ademán imperioso, y Alberto se retiró al otro extremo del cuarto murmurando:

— Otra prueba... otra prueba... Nunca podré saber lo que tiene que ver la sociedad con todo esto.

Sin embargo Frantz observaba con una ansiedad singular los movimientos de Whilemina, que al saber la baja extraccion de su esposo, habia mostrado una especie de consternacion: acaso se habia despertado un instante en el fondo de su corazón el orgullo aristocrático, tan poderoso en la nobleza alemana, pero sin embargo, este sentimiento pasó tan rápido como un relámpago. Despues de haber pagado este tributo á la naturaleza humana, la heroica joven alzó sobre Frantz sus ojos llenos de ternura.

— Frantz, ¿porqué me habeis ocultado vuestro oscuro origen? le dijo con melancolia. Vuestro amor me enorgulleciera tanto como si hubieseis nacido en las gradas del trono.

El rostro de Frantz resplandeció con una felicidad suprema.

— Ahora estoy seguro de que me prefere al universo entero! exclamó con entusiasmo: me sacrifica hasta el orgullo de su raza.

Whilemina iba á responder, cuando el mayor, cruzando sus brazos sobre el pecho, dijo con voz atronadora:

— Por todos los demonios del infierno, no veis que estáis abusando de mi paciencia? Basta ya: he estado sosegado y prudente, y ahora que os he oido á los dos, voy á juzgaros.

XV.

Un profundo silencio reinó en el cuarto abovedado; el mayor se recojió un instante para dar mas solemnidad á sus palabras.

— Whilemina de Steinberg, hermana deshonrada, hija culpable de muchas generaciones de héroes, voy á llevarlos á un convento, y de los mas severos, de donde no volveréis á salir jamas!

— No consentiré que me separen de ella! exclamó Frantz con energía, no lo consentiré en tanto que me quede un solo pie de vida.

— En cuanto á vos, miserable aventurero, continuó el baron con un acento de rabia mezclada de ironía, no en vano habréis invocado ese título de *hermano* que os habeis dado de moto propio... Sois estudiante, sabéis manejar una espada, no batiremos á muerte.

Whilemina lanzó un grito desgarrador.

— Enrique! hermano mío! exclamó con espanto; recalga sobre mí sola vuestra cólera, pero por piedad, no os arméis

el uno contra el otro... Oh! Dios mío! Dios mío! Esto es lo que tenía! Enrique, eso sería un crimen! Y vos, Frantz, acordáis de vuestra promesa, de vuestro juramento!

— Me acuerdo muy bien, Whilelmina, dijo el estudiante con mucha calma; vuestro hermano podrá matarme, que jamás dirigiré contra él la punta de mi espada.

— Oh! gracias, Frantz; sois tan prudente como generoso.

— Qué quiere decir eso? exclamó el mayor apretando los dientes; el miserable hijo del tonelero de Heidelberg rehuiría el honor de medirse con el baron de Steinberg?

— Señor baron, el hijo de un pobre artesano, siendo honrado y leal, sería un adversario demasiado elevado todavía para un baron orgulloso que ha jugado el nombre y la herencia de sus padres!

Steinberg saltó sobre su espada y la sacó de la vaina; Whilelmina se agarró a sus vestidos arrojando gemidos penetrantes.

Ritter y Schwartz hablaban á la vez, pero sin acercarse, como si la vista de la espada les hubiese helado de espanto. Solo Frantz permanecía impassible en frente del mayor.

— Podéis matarme, dijo con firmeza, pero no me defenderé contra vuestro ataque.

En el mismo instante, Sigismundo se había lanzado hácia uno de los trofeos que adornaban el cuarto, y se había apoderado de una daga de forma antigua.

— A mi, señor de Steinberg, dijo alzando su arma; mi amigo Frantz no puede batirse por muchas razones; yo soy el que os pido cuenta de vuestras insolencias.

— Os desafío á todos, exclamó el baron arrastrando siempre en pos de sí á la desgraciada Whilelmina.

Pero Frantz viendo las intenciones de su noble amigo, salió de repente de su inmovilidad, y corriendo á él trató de desarmarle.

— No, Sigismundo, le dijo, no harás tú lo que yo mismo no podría hacer... El baron de Steinberg es sagrado para mí y para mis amigos... se lo he jurado á Whilelmina, y sabré cumplir mi juramento.

— Frantz, has sido insultado por ese hombre; sería indigno de ti...

— Sería indigno de mí que otro se batiese en mi lugar... Sigismundo, en nombre de nuestra antigua amistad, estate impassible como yo.

Y al decir esto le arrancó la daga.

En ese mismo instante el baron acababa de desembarazarse de su hermana, que, pálida, con los vestidos en desorden, y sueltos los cabellos, se arrastraba por el suelo á sus pies. Viendo á Frantz con el arma en la mano esclamó con un gozo feroz:

— Ah! si al cabo mudas de parecer!... Defiéndete, infame aventurero... Y vosotros, continuó dirigiéndose á los asistentes, quitadme de delante á esta mujer.

Frantz viendo venir al baron con su espada desnuda, levantó con presteza su arma por un movimiento maquinal, como un hombre que se pone en guardia; pero casi al instante su determinación se hizo superior á su cólera. Entonces dejó caer la daga, y poniendo el pié encima, á fin de que nadie pudiese apoderarse de ella, exclamó con fuerza:

— Baron de Steinberg, nunca me obligaréis á batirme.

— Pues entonces, respondió el mayor en el cómo ya del frenesi y de la ira, si no quieres batirme como un valiente, muere como un perro.

Y al decir esto le tiró una fuerte estocada, pero Whilelmina se puso delante rápidamente, y en el mismo instante cayó ensangrentada á los pies de su hermano

Hubo un momento de estupor; el baron, inmóvil, contemplaba con ojos fijos la sangre que se escapaba del pecho de la joven. Schwartz, Ritter y Sigismundo se acercaron á ella temblando; nadie decía una palabra, y este lúgubre silencio aumentaba mas y mas el horror del espectáculo. Frantz estaba como si hubiese recibido el mismo golpe que Whilelmina; pálido y helado, se hallaba en una situación mas terrible para él que la muerte misma.

La débil voz de la joven fué la primera que se oyó en medio de aquella consternación silenciosa.

— Huid, Frantz, huid! aprovechad de este instante... Si no nos vemos en el mundo, volveremos á encontrarnos en el cielo.

Al sonido de aquella voz querida, Frantz se estremeció; se bajó al suelo, cogió la daga con una presteza extraordinaria, y se lanzó al baron murmurando:

— Vengarla!... vengarla!...

Steinberg se puso en guardia; pero casi en el mismo instante el desgraciado Frantz dejó escapar su arma, sus piernas flaquearon, y sucumbiendo á tan violenta emoción, cayó desmayado al lado de su querida Whilelmina.

Tal era el frenesi del baron, que, aun viendo caído á su enemigo, quiso traspasarlo con su espada; pero todos los que estaban presentes se arrojaron á él á un tiempo y lograron contenerle y desarmarle. El mayor rugía como una fiera.

Una hora despues de esta catástrofe, Magdalena Reuter velaba sola á la cabecera de la cama de Whilelmina. La pobre anciana, de rodillas, regaba con sus lágrimas la fría y descolorida mano de la moribunda; y permanecía absorta en su dolor silencioso.

Unas formas blancas pasaban y volvían á pasar por delante de la estrecha ventana que alumbraba el cuarto; eran las cigüeñas que principiaban á construir su nido en lo mas alto de la torre.

Magdalena se levantó silenciosamente.

— Alados protectores de los Steinberg, dijo con acento desconsolado estendiendo su mano sobre la joven casi inanimada; esta es la felicidad que traeis á los últimos vástagos de esta noble familia!

XVI.

Despues de la terrible catástrofe que tuvo lugar en la torre del Steinberg, Frantz fué llevado por sus amigos á la posada de Zelter, donde, prodigándole pronto socorros, pudo recobrar el uso de sus sentidos; pero un poco despues le entró una fiebre violenta, y durante algunas semanas temieron por su existencia.

En su delirio tenia siempre á la vista la ensangrentada imagen de Whilelmina, hablaba con ella, la prodigaba los nombres mas tiernos, y despues se deshacía en amenazas é imprecaciones contra el mayor, cuya siniestra figura se le aparecía en sus sueños.

De tiempo en tiempo tenia algunos momentos de reposo, pero entónces el recuerdo de la punzante realidad, sus angustias y sus terrores no tardaban en producir recaídas peores que los primeros ataques de la enfermedad.

Sus dos compañeros, Sigismundo sobre todo, le cuidaban con celo y cariño.

Sin embargo, gracias á los esfuerzos de un buen médico que mandaron á llamar á Manheim, la fuerza de la enferme-

dad fué disminuyendo poco á poco, y un mes despues de los acontecimientos que acabamos de relatar, Frantz había entrado en el periodo de su convalecencia.

Entretanto todo lo que pasaba en la torre se hallaba envuelto en el mas profundo misterio.

Solo se supo por el caballero Ritter, cuando volvió á la posada el mismo dia de la catástrofe, que el cirujano que llamó el baron, conservaba alguna esperanza de salvar á Whilelmina; pero Ritter se fué al siguiente dia despues de una conversacion larga y confidencial con Sigismundo, y desde aquel momento no se volvió á tener noticia ninguna del castillo.

El baron se había encerrado con Whilelmina, con Magdalena y con su hijo en la torre, y nadie sabia lo que podia pasar detras de aquellos gruesos y sombríos muros.

Sigismundo no ignoraba lo fatal que podia ser para su amigo esta cruel incertidumbre, pero cuantas veces intentó indagar lo que había sido de la pobre Whilelmina, otras tantas sus esfuerzos no tuvieron ningun resultado.

Los aldeanos como no tenían la mas mínima noticia de lo ocurrido, viendo el castillo cerrado, creían que la señorita de Steinberg se había marchado á vivir á otra parte con el baron.

(Se continuará.)

VELAZQUEZ.



El Bacanal ó los Borrachos.

Esta es la primera vez que damos en nuestra publicacion un grabado de un cuadro de Velazquez, por cuyo motivo empezaremos por algunos apuntes biográficos.

Don Diego Rodríguez de Silva y Velazquez, nació en Sevilla en 1599, y como la mayor parte de los artistas de su temple, desde muy niño manifestó un gusto y una inclinacion irresistibles por el dibujo y la pintura. Sus padres le enviaron á aprender á la escuela de Herrera, maestro célebre, pero hombre de un carácter terrible; el joven Velazquez no pudo soportar sus tratamientos, y saliendo de su estudio entró en casa de Francisco Pacheco.

Durante algun tiempo siguió los consejos de su nuevo maestro, pero prestó mucha mas atencion á la naturaleza, ese gran modelo de toda la escuela española. Las frutas, peces, copias de toda clase de objetos, interiores, caprichos y pai-

sajes que pintó con una franqueza estrema, le hicieron adquirir desde luego cierta reputacion. Este fué el principal carácter de su primer estilo, y en este género compuso muchos de sus mejores lienzos, como el *Aguador de Sevilla*, hoy uno de los mejores adornos del Museo de Madrid, y el *Bacanal ó Cuadro de los Borrachos*, de que hablaremos bien luego.

Velazquez unia á su talento un carácter dulce y afable, y una conducta cristiana, pudiéndole aplicar el dicho con que Ciceron pinta al orador, aunque con una ligera modificacion: *Vir probus pingendi peritus*. Por esto Pacheco, que era un hombre de mérito, le dió su hija en casamiento.

A la edad de veintitres años, habiendo visto y estudiado algunas composiciones de Luis Tristan, célebre profesor de Toledo, Velazquez adoptó un estilo que, sin estar exento de

franqueza, fué sin embargo mas suave y armonioso que el primero. El deseo de ver y de estudiar las colecciones de Madrid, del Pardo y del Escorial, le decidió entonces marchar á la capital, donde su carácter y talento le granjearon al instante la protección y la amistad de Juan de Founseea, conde de Sevilla, entonces en palacio, el cual, como buen entendedor que era, le mandó hacer su retrato, y con el color fresco todavía, le llevó á los reales aposentos: una mirada de Felipe IV bastó para decidir de la suerte de Velazquez. El rey se mandó retratar también armado de caballero y montado en un magnífico caballo, y el artista fué nombrado pintor de cámara, recibiendo la suma de trescientos ducados de oro para que trajera á Madrid á su familia.

Otro día recorreremos la escala de preciosos favores por donde subió el ilustre jefe de la escuela de Madrid, gracias á los buenos sentimientos que habia sabido inspirar al rey; hoy terminaremos este artículo diciendo que el cuadro cuyo grabado damos, es uno de los que colocó á su autor en la categoría de los mas grandes naturalistas.

J. J. ANNEX.

EL REFUGIO.

En Londres, en el corazon del rico y poderoso barrio de Westminster donde está el palacio, la abadía, los tribunales y las Cámaras en que se elabora la legislación inglesa, casi á los pies de las torres que dominan la orgullosa metrópoli, hay un grupo de casas hondonas, surcado de estrechas y sombrías callejuelas, conocido con el nombre de « Sitio del Diablo. » Allí yacen las heces de una población de dos millones de almas y en medio de esa podredumbre humana ha ido á elegir su domicilio la piadosa é infatigable caridad.

En la calle de Santa Ana encima de la puerta de una casa un poco mas grande y menos desmantelada que las que la rodean, se lee en gruesos caracteres: *Bornitorio para los pobres; escuela de industria preparatoria para las colonias; refugio abierto para los jóvenes que quieran enmendarse.*

Para ser admitido hay que tener al menos diez y seis años, porque hasta esa edad pueden entrar en las casas de beneficencia. El Refugio se halla destinado principalmente á los vagabundos y ladrones, de diez y seis á veinte años, que desean abandonar su género de vida, y entregarse en lo sucesivo á honradas y laboriosas tareas.

Como el bien engendra siempre el bien, esta excelente institucion es hija de otra, tambien muy fecunda en buenos resultados, la Escuela de proletarios, fundada en Rye-Street, accesible también á los que se presentan en ella.

El maestro de esta ultima escuela sorprendido un día de la insistencia de un joven vagabundo de diez y seis años que mostraba un ardiente deseo de corregirse, le animó para que asistiese con asiduidad á las clases.

— Y de que me servirá el ir á la escuela por el día, si por las noches tengo que andar por las calles robando para vivir, como hago ahora, — respondió llorando el pobre muchacho.

El obstáculo en efecto era grave. Conmóvido con aquel acento de sinceridad, el maestro se resolvió á intentar una experiencia decisiva, y le dió un cuarto para vivir, y pan para que comiera. Durante cuatro meses el joven vivió dichoso y contento sometido á este pobre regimen. Aprendió á leer, á escribir y contar, y algunas personas caritativas le pagaron su viaje á Australia, donde se ha portado

perfectamente, dando pruebas de probidad y de inteligencia.

Este primer resultado fué á la vez una recompensa y un impulso para sus generosos protectores, que á la vista de aquel ejemplo decidieron la fundación del Refugio, en donde no se admite sino á aquellos que confiesan ser vagabundos y ladrones y que declaran querer someterse al regimen de disciplina de la casa. A pesar de estas cláusulas que parece deberían alejar á los pretendientes, se han hecho ya mas de doscientas solicitudes despues de dos años que la institucion existe.

A fin de precaverse contra la mala fé y contra la pereza, hacen sufrir á todo el que entra una dura prueba preparatoria. En los tejados de la casa hay un cuartito sin mas muebles que un jergon y una grosera manta: una familia pobre que vivía en él antes de que la casa hubiese recibido su destino actual, fué diezmada en 1849 por el cólera, que hizo infinitas victimas en el barrio de Westminster. Allí entra todo el que llega, y allí permanece durante quince días á pan y agua, solo consigo mismo, ménos cuando va á las clases, á las que asiste en un sitio aparte, estándole severamente prohibido el sentarse jamas con los internos.

Este noviciado es la piedra de toque de un arrepentimiento sincero. Muchos retroceden ante la prueba, y otros la sufren con paciencia un día ó dos, al cabo de los cuales se retiran, porque habiendo entrado en la casa voluntariamente, nadie les obliga á permanecer, y pueden á la hora que quieren salirse de ella. Los hay que persisten toda una semana, pero solo los que perseveran hasta el fin son juzgados dignos de quedarse en la institucion.

Entonces les dan vestidos decentes porque casi todos llegan cubiertos de harapos; les sacan de su celda, y gozan de los mismos privilegios de los internos. Levantados al rayar el día, su primera ocupacion es la de limpiar la casa de arriba abajo; en seguida almuerzan con pan y cacao, y luego entran en clase. Hay dos cursos, uno para los principiantes, y otro para los mas adelantados, en donde los enseñan las doctrinas fundamentales de la religion, la lectura, la escritura, el cálculo y la geografía, particularmente la de las colonias. El maestro ejerce una intervencion general en todo el establecimiento. La clase superior es dirigida por uno de los jóvenes reformados, de los primeros que entraron en el Refugio, y que muestra una rara aptitud para la enseñanza. La clase inferior está dirigida por un pasante.

Curioso é interesante es el espectáculo que presenta esa reunion de jóvenes, salidos voluntariamente de las senaldas del vicio, y trabajando de buena fé para regenerarse. Algunos vestidos de diferente modo, con trages dados por los bienhechores de la institucion, todos están muy limpios, porque los reglamentos de la casa les obligan á lavarse muy á menudo. En ciertos rostros se halla aun la expresion brutal que tenían al entrar allí. Hay muchas fisonomías en que predomina la astucia, contralida por hábitos antiguos. En su aire inteligente y despierto se conoce facilmente á los primeros internos humanizados ya por el estudio, el órden y el regimen interior de la casa: generalmente hablando, todos aprenden pronto y bien.

Comen en el intervalo que separa las clases de la mañana de las de la tarde. Comen carne tres veces por semana, y los otros días pan y cortezas de tocino. Despues de la cena pasan una hora ó dos en la escuela preparatoria, especie de taller en donde aprenden los oficios de sastrer y zapatero. Si un discípulo prefiere aprender la carpintería ó la ebanistería se le proporcionan los medios para ello.

Se acuestan en el suelo en camas separadas, y cuando

la casa está llena de alumnos, las clases se transforman por la noche en dormitorios.

Todos están obligados á asistir el domingo á los oficios cada cual segun su rito, y pueden salir por grupos durante el día. Cada compañía lleva á la cabeza el de mejor conducta del grupo. Antes de salir le señalan el tiempo que deben estar fuera, estándoles prohibido el pasar por los barrios mal habitados, donde acostumbraban á pasar su vida en otro tiempo. El maestro pone un particular cuidado en irles despojando poco á poco de todos sus antiguos hábitos y en inspirarles el deseo de vivir honradamente para ser útiles á la sociedad que les tiene la mano. Antes de emigrar deben pasar seis meses en el Refugio, por lo ménos. Muestran mucha impaciencia en partir para las colonias, y todos sin escepcion se estremecen con la idea de recurrir á sus antiguos medios de existencia. Ya se han enviado á Australia unos treinta, y el comité que dirige el establecimiento se propone reunir bastantes fondos para poder sostener por término medio cuarenta internos, y una emigracion anual de veinte reformados.

Los rasgos característicos de esta institucion son la idea misericordiosa que la ha hecho nacer, su influencia previsoriosa sobre los delitos, la prudente economía que preside á todos los detalles, y por último la completa libertad que tienen los aspirantes.

Hé aquí dos extractos cortos, pero concluyentes, sacados uno de ellos del Refugio inglés, y el otro de la escuela de pobres de Rye-Street.

« John, diez y seis años. — Admitido el 3 de junio de 1848. — Dormia hacia cuatro meses bajo los arcos de Westminster. — Desde la edad de once años habia vivido solo del robo. — Dos veces en la cárcel. — La cantidad mayor que habia robado de una vez, habia sido soberano y medio. — Sabia leer cuando fue admitido. — Aprendió á escribir y contar. — Permaneció ocho meses en el Refugio. — Buena conducta. — Salió para Australia donde trabaja y se porta bien. »

« Un joven de catorce años, instruido en la escuela de los pobres, fué enviado á Australia. Habia sido muy mal educado; su madre le enviaba desde que era pequeño á robar ó á pedir limosna. Un año despues que se marchó su hijo, esta mujer sumerjida en la mayor miseria, y en visperas de ser echada de su mala vivienda porque no podia pagarla, se presentó en casa del misionero del distrito para consultar con él lo que debía hacer. El consejo que le dió fué que pagara y para ello le dió un soberano que la pobre mujer tomó titubeando, y con el cual dió al casero lo que le debía que importaba 44 chelines, volviendo despues á traer el resto dándole un millón de gracias. El misionero le dijo que se quedase con ello, en atención á que la moneda entera la pertenecía; en efecto, por un acaso providencial, su hijo se la habia enviado aquella mañana misma, con una carta que la leyó el misionero. La mujer al punto se quedó estupefacta, y por fin se dejó caer sobre una silla destechándose en lágrimas. El contraste de su conducta con la de su hijo la llenó de vergüenza y de remordimientos. En otro tiempo habia sido buena obrera; se puso á trabajar inmediatamente, y en el día se está preparando para ir á reunirse con su hijo.

MAXIMAS DE AUTORES ESPAÑOLES.

El cielo no suele favorecer á la maldad, y es mas justo persuadirse acudir á los que padecen injustamente: ni hay para que desear la felicidad y buena andanza de que tanto

tiempo gozan nuestros enemigos; ántes debéis pensar que Dios acostumbra á dar mayor felicidad y sufrir mas largo tiempo sin castigo aquellos de quien pretende tomar mas entera venganza, y en quien quiere hacer mayor castigo; para que sientan mas la mudanza y miseria en que caen.

MARIANA.

Se sabe bien que esto de los aplausos va en gusto, y que no pocas veces acredita mas la fortuna que el mérito de las obras.

P. ISLA.

Importa siempre empezar bien; y particularmente en la guerra donde los buenos principios sirven al crédito de las armas y al mismo valor de los soldados; siendo como propiedad de la primera ocasion el influir en las que vienen despues, ó el tener no sé qué fuerza oculta sobre los demas sucesos.

SOLIS.

Es ordinario que dure mas la memoria del agravio que de las mercedes.

MARIANA.

Hace mucho al caso para mudar las costumbres del ánimo y del cuerpo, la calidad del mantenimiento con que cada uno se sustenta, y mas en la primera edad.

IDEM.

Yo estoy determinado de mirar mas aina lo que es justo se ponga por escrito, y lo que va conforme á las leyes de la historia, que lo que haya de agrandar á nuestra gente: pues no es justo que con flores de semejanza mentiras, fuera de tiempo y razon, se atavie y hermosee la narracion de la historia; ni el lustre y grandeza de las cosas de España, tiene necesidad de semejantes arreos.

IDEM.

CURIOSIDADES DE LA ESPOSICION DE LONDRES.

ARMAS DE FUEGO.

Pocas naciones hay que no hayan enviado á la Exposicion su contingente de aparatos destructores; pero sin hablar aqui de la España cuyas armas de Toledo eran una de las maravillas que encerraba el Palacio de Cristal, el Zollverein se ha llevado la palma por su cañon de á seis de acero fundido, que es un modelo de perfeccion inimitable.

La exposicion de las armas de fuego francesas no puede ser mejor, distinguiéndose tanto por la excelente calidad de los productos, como por el gusto que reina en los adornos. Sus formas son graciosas y apropiadas sin embargo al objeto á que estos instrumentos se hallan destinados. Con este artículo verán nuestros lectores las pistolas de M. Gauvain, cuya composicion y esculturas son debidas á M. Lienard, uno de los artistas franceses mas fecundos y originales.

La forma de una pistola es ya de suyo bastante ingrata, pero el artista ha sabido cubrirla con objetos de una ejecucion tan preciosa, que se olvida la obra, y cree uno estar viendo una encantadora alhaja. La culata de ébano, á pesar de sus delicadas incrustaciones de hierro cincelado, se adapta perfectamente á la mano. La serpiente y el lagarto, caprichosamente enlazado en el guardamonte, trazan una linea conveniente para que jueguen los dedos que deben soprar el arma y mover el rastrillo. El gatillo tambien está gorgosamente contorneado, sin que por eso haya perdido nada en solidez ni aplomo. Quitando esas ondulaciones, esas bonitas hojas tan bien cortadas, y los demas adornos y labores, quedaría un arma preciosa, de una solidez y precision admirables y de un alcance extraordinario.